

sus llanuras á la izquierda, bordadas con diversas aldeas: la obra de la naturaleza se ofrecia á mi vista tan estensa y magnífica cual la habia visto en mis dorados sueños; solo la obra del hombre habia desaparecido como si la vara de un malévolo encantador la hubiese hecho desmoronarse.

Entonces viendo aquella ciudad moderna tan pobre, tan solitaria, tan triste, quise al menos cavar en su tumba y encontrar los restos de la ciudad antigua. Pedí que me hiciesen visitar aquella basilica en donde fué elegido papa Martin V y que me enseñasen el palacio donde tuvo su corte romana el emperador Sigismundo. Me llevaron á una pequeña iglesia bajo la advocacion de San Conrado, me hicieron ver un grande edificio llamado la Aduana: aquello era la basilica y aquello era el palacio.

En la iglesia habia un hermoso calvario pintado por Holbein, dos pequeñas estatuas que representan á San Conrado y á San Píldes; cada uno de estos santos tiene un armario abierto en el pecho, donde encierra el sacristan sus propias reliquias: en fin, me enseñaron en una cajita de plata los huesos de las santas Cándida y Florida, mártires las dos.

Habia en la Aduana, y debajo de un dosel que no se ha tocado desde el año 1413, dos sillones que pondria en un rincon cualquier prendero, y que sin embargo si se ha de dar fé á maese Fos Kastell, el Ciceron de por allá, sirvieron de tronos, dictado que conservan todavia:

*A aquellas dos mitades de Dios, el Papa y el Emperador.*

En frente, y sobre un estremo, hay unas figuras de cera que mueven los ojos, los brazos y las piernas, las cuales dicen representar á Juan Hus, á Gerónimo de Praga su amigo, y al dominico Juan Celestino Carceri, su acusador.

Ademas y como se sabe, la obra mas importante de aquel concilio que duró cuatro años, y que reunió en Constanza tantos principes, cardenales, caballeros y sacerdotes, que fueron menester, segun cuenta candorosamente una crónica manuscrita, dos mil setecientos ochenta y ocho cortesanos, fué el juicio y sentencia de Juan Hus, rector de la universidad, y predicador de la corte de Praga.

El gran número de discípulos que hacia con sus doctrinas alarmó al gefe de la cristiandad; un doctor tan audaz hacia presentir la separacion que iba á quebrantar la unidad de la Iglesia.... Juan Hus anunciaba á Lutero.

Recibió la invitacion de ir á Constanza para que se justificase de su herejia ante el concilio, y no rehusó obedecer; pero pidió un salvoconducto y ésta es la carta del emperador Sigismundo que se conserva entre los instru-

mentos del proceso, le fué concedido, como prenda de seguridad.

Era ademas aquel mismo Sigismundo que en Nápoles huyó con sus sesenta mil húngaros, dejando que Juan de Nevers se batiese con ochocientos caballos nada mas, contra Rayanto que tenia ciento noventa mil hombres.

Ved aqui la carta:

«Nos, Sigismundo, por la gracia de Dios, emperador romano siempre Augusto, rey de Hungría, de Dalmacia y de Croacia, hacemos saber á todos los principes eclesiásticos, seculares, duques, margraves, condes, barones, nobles, caballeros, gefes, gobernadores, magistrados, prefectos, bailes, aduaneros, cobradores y demas funcionarios de las ciudades, villas, aldeas y fronteras, á todas las comunidades, á sus prepositos y á todos nuestros fieles vasallos que las presentes vieren:

«Venerables, serenísimos, nobles y queridos fieles:

«El honorable maestro Juan Hus de Bohemia, bachiller en Sagrada Escritura y maestro en artes y portador de la presente, debiendo de partir en estos dias próximos al concilio general que tendrá lugar en Constanza, lo hemos recibido y admitido bajo nuestra proteccion y la del santo imperio. Lo recomendamos á todos juntos y á cada cual en particular, encargándoos lo acojais benévolamente y trateis favorablemente al espresado maestro Hus si se os presentase, y que le deis auxilio y proteccion de buena voluntad en cuanto puedan serle útil para favorecer su viaje tanto por tierra cuanto por agua.

«Ademas, tambien es nuestra voluntad que le dejéis pasar, permanecer y volver libremente y sin obstáculo, así á él como á sus criados, caballos, carros, bagajes y demas efectos que le pertenecen, por cualquier camino, puerta ó puente, territorio, señorío, bailio, jurisdiccion, villa, aldea, castillo y cualesquiera sitios y lugares, sin hacerle pagar impuestos, portazgos, peages, tributos ni contribucion alguna. Por último, que le deis escolta para guardarle á él y á los suyos, si la necesitase.

«Todo esto en honor de nuestra magestad imperial. Dado en Spira á 9 de octubre de 1414, á los treinta y cuatro años de nuestro reinado húngaro, y á los cinco de nuestro reinado romano.»

Juan Hus llegó á Constanza provisto de este salvoconducto, el dia 3 de noviembre: compareció ante el concilio el 28 del mismo mes, fué puesto en prision en el convento de dominicos el sábado 26 de julio de 1415 y no salió sino para ir á la muerte. Levantóse la hoguera á un cuarto de legua de Constanza en un lugar llamado Brull: Juan Hus subió tranquilamente á ella y se puso de rodillas encima. Intimidado por última vez á que abjurase de su doctrina respondió que prefería morir á ser perjuro con

su Dios como el emperador Sigismundo lo era con él: despues al ver que el verdugo se acercaba para pegar fuego, gritó tres veces: «Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que habeis padecido por nosotros, tened piedad de mí.» En fin cuando las llamas le ocultaron del todo, se oyeron estas últimas palabras del mártir. «Entrengo mi alma en las manos de mi Dios y mi Salvador.»

Siguió á esta ejecucion la de Gerónimo de Praga su discípulo y su defensor, conducido á la hoguera el dia 30 de mayo de 1417. Marchó al suplicio cual si fuese á un festin. El verdugo, segun costumbre, quiso encender la hoguera por detrás, pero Gerónimo le dijo: «Ven, maestro, enciende el fuego delante de mí, pues si yo le hubiese temido no estaria aquí á estas horas.»

Dos meses despues de esta ejecucion murió Juan XXIII, que de acusador que habia sido ante los hombres pasó á ser acusado ante Dios.

«Quereis saber ahora lo que sucedió cuando se terminó el concilio y quiso salir de Constanza aquella corte romana, aquella comitiva pontifical, aquellos condes del imperio, aquellos barones caballeros? No otra cosa que lo que sucede á veces á un estudiante pobre, que va á comer de fonda sin llevar dinero. Ni el papa Martin, ni el emperador Sigismundo pudieron pagar las cuentas que les presentaron respetuosamente los habitantes de Constanza, lo que visto por los dichos habitantes se apoderaron, respetuosamente siempre, de la vagilla de plata del emperador, de los cálices del papa, de las armaduras de los condes, de los equipajes de los barones, y de los arneses de los caballeros.

«Adivinais cuál seria y cuán grande la desolacion de aquella noble asamblea? Sigismundo se encargó de arreglarlo todo.

Con este objeto convocó á los magistrados y ciudadanos de Constanza en la aduana en donde se habia congregado el concilio; subió á la tribuna, dijo que él salia fiador de las deudas de todo el mundo.

—Está muy bien, respondieron los ciudadanos de la antigua república, pero que les faltaba quien fiase al fiador.

Entonces el emperador hizo traer fardos de paños, de sederias, de damascos y terciopelos, de alfombras, cortinas y cogines bordados de oro, y habiéndolos hecho valorar por peritos, los depositó en la aduana, comprometiéndose á desempeñarlos antes de un año, y para mayor seguridad de la deuda, y como prueba de que la reconocia hizo poner las armas imperiales en las cajas en donde se cerraron los fardos. Los ciudadanos dejaron marcharse á sus reales deudores.

Pasó un año sin que se volviese á oír hablar del emperador Sigismundo: al cabo de aquel año, se quiso vender los efectos dejados en prenda, pero entonces se prohibió por S. M.

proceder á la venta, en atencion y por cuanto el sello imperial hacia de la propiedad del imperio aquellos fardos, y no del emperador. Hoy hace 417 años que se hizo esta notificacion.

*NAPOLEON EL GRANDE Y CARLOS EL GORDO.*

Si quereis ahora seguirme por las calles tortuosas de Milan, nos pararemos un poco delante de su cúpula milagrosa: pero como mas tarde le volveremos á ver y en detall, os invitaré á echar pronto á la izquierda, porque está próxima á verificarse una de aquellas escenas que pasan en un salon y resuenan por todo el mundo.

Entremos, pues, en el palacio Real, subamos la gran escalera, atravesemos algunos de sus aposentos que tan espléndidamente acaba de decorar el pincel de Appiani; nos abstendremos de contemplar esos frescos que representan las cuatro partes del mundo, y ante el techo en que se verifica el triunfo de Augusto; pero lo que ahora nos aguarda son cuadros vivos; y vamos á escribir la historia moderna.

Entreabramos suavemente la puerta de ese gabinete á fin de ver sin ser vistos.—Así, muy bien.—Veis á un hombre, ¿no es verdad? y le reconocéis en la sencillez de su uniforme verde, por su pantalon de casimir blanco, y por sus botas que le llegan á la rodilla, mirad su cabeza modelada como un mármol antiguo, ese estrecho mechón de cabellos que va disminuyendo sobre su ancha frente, esos ojos azules cuya mirada se gasta en penetrar el velo del porvenir, esos labios apretados, que encierran dos hileras de perlas que envanecerian á una muger; ¡qué calma!—Es la conciencia de la fuerza, es la serenidad del leon.—Cuando esa boca se abre, los pueblos escuchan, cuando esos ojos se inflaman, se convierten en un volcan los llanos de Austerlitz, y cuando se fruncen esas cejas tiemblan los reyes. A aquella hora ese hombre manda á ciento y veinte millones de hombres, diez pueblos cantan á coro el *Hosanna* de su gloria en diez lenguas diferentes, porque este hombre es mas que César, es tanto como Cárlo-Magno.—Es Napoleon el Grande, el Júpiter Tonante de la Francia.

Despues de un instante de reposada tranquilidad, fija los ojos en una puerta que se abre, y por la cual entra un hombre vestido con casaca azul, y pantalon ceniciento y calza botas á lo húsar. Mirad, tiene una semejanza



primitiva con el que le aguardaba; pero es mas alto, mas flaco, mas moreno—este es Luciano; el verdadero romano, el republicano de los antiguos tiempos, la barra de hierro de la familia (4).

Estos dos hombres, que no se habían vuelto á ver desde la jornada de Austerlitz, arrojaron el uno al otro una de aquellas miradas que penetran el alma; porque Luciano era el único que tenia en los ojos el mismo poder que Napoleón.

Se detuvo despues de haber dado tres pasos en el cuarto: Napoleón se dirigió hacia él y le alargó la mano.—Hermano mio, exclamó Luciano abrazando á su hermano mayor.—¡Hermano mio, cuán feliz soy al volverte á ver!

—Señores, dejadnos solos, dijo el emperador haciendo señal con la mano á un grupo. Los tres hombres que lo formaban, saludaron y salieron sin murmurar una frase ni responder una palabra. Sin embargo, aquellos tres hombres que obedecían á un gesto eran Duroc, Eugenio y Murat, un mariscal, un principe y un rey.

—Yo os he mandado llamar, Luciano, dijo Napoleón cuando se vió á solas con su hermano.

—Y veis como me he apresurado á obedeceros como á mi hermano mayor, respondió Luciano.

Napoleón frunció las cejas imperceptiblemente.

—¡No importa! Habéis venido, y era lo que yo deseaba, porque tengo que hablaros.

—Ya escucho, respondió Luciano inclinándose.

Napoleón tomó entre el pulgar y el indice uno de los botones de la casaca de Luciano, y mirándole fijamente le preguntó:

—¿Cuáles son vuestros proyectos?

—Mis proyectos, respondió Luciano admirado, son los de un hombre que vive retirado lejos del ruido del mundo y en la soledad; mis proyectos son terminar tranquilamente, si puedo, un poema que he principiado.

—Si, si, dijo irónicamente Napoleón, sois el poeta de la familia y haceis versos mientras yo gano batallas: tendré sobre Alejandro la ventaja de tener un Homero.

—¿Quién es mas dichoso de nosotros dos?

—Vos, ciertamente, respondió Napoleón soltando el boton con un gesto de mal humor, vos que no teneis el pesar de ver en la familia indiferentes ó tal vez rebeldes.

—¡Indiferentes! ¿recordais el 18 de brumario?... ¡rebeldes! ¿en dónde me habeis visto concitar la rebelion?

—Rebelion es el no servirme: el que no está conmigo es contra mí. Veamos, Luciano; tú sabes que eres el que mas quiero de todos

los hermanos—le tomó la mano—el único que puede continuar mi obra; ¿quieres renunciar á la oposicion tácita que me haces...? ¿Cuándo todos los reyes de Europa están de rodillas, te creerías humillado de bajar la cabeza entre la muchedumbre de aduladores que acompañan mi carro triunfal? ¿Será acaso siempre la voz de mi hermano la que me grite siempre? —Cesar; ¡no olvidéis qué has de morir! Veamos, Luciano, ¿quieres seguir mi camino?

—¿Cómo entiende eso V. M? respondió Luciano, echando una mirada de desconfianza á Napoleón.

El emperador se dirigió en silencio á una mesa redonda que habia en medio del gabinete, y colocando sus dos dedos sobre un gran mapa arrollado se volvió á Luciano y le dijo:

—He llegado á la cumbre de mi fortuna, Luciano: he conquistado la Europa: solo me resta dividirla á mi capricho: soy tan victorioso como Alejandro, tan poderoso como Augusto, tan grande como Carlo-Magno; quiero y puedo. Ahora bien... Cogió el mapa, lo desarrolló sobre la mesa con un gesto gracioso y negligente.—Eseoge el reino que mas te agrade, hermano mio; y comprometo mi palabra de emperador, que así que me lo señales con la punta del dedo, será tuyo ese reino.

—¿Y por qué me haces esta proposicion á mí, mas bien que á cualquiera de nuestros hermanos?

—Porque solo tú estás á la altura de mi alma.

—¿Cómo puede ser esto, no siendo los mismos nuestros principios?

—Cuatro años hace que no te he visto, y durante este tiempo esperaba que habrias variado.

—Te has equivocado, hermano mio; yo soy el mismo que era en 1799, y nunca trocaria yo mi silla curul por un trono.

—¡Necio é insensato! dijo Napoleón echando á andar y hablando consigo mismo, insensato y ciego que no ve que soy el enviado del destino para hacer que desaparezca ese carro de la guillotina que han tomado por un carro republicano... despues parándose de pronto y dirigiéndose á su hermano:—Pero déjame arrebatarle á la montaña y mostrarte los reinos de la tierra. ¿Cuál de ellos está en sazón para cumplir tu sublime sueño? Veamos.—¿Es el cuerpo germánico que no tiene de vivo mas que sus universidades, especie de pulso republicano que late en un cuerpo monárquico? ¿Es la España católica desde el siglo XIII únicamente, en la cual germina apenas la verdadera interpretacion de la palabra de Cristo? ¿Es la Rusia cuya cabeza piensa quizás pero cuyo cuerpo galvanizado un instante por el czar Pedro, ha recaído en su parálisis polar? No, Luciano, no; no han llegado todavía los tiempos; renuncia á tus locas utopias, dame la mano como hermano y como aliado, y mañana te hago gefe de un gran pueblo, reconozco

á tu muger por hermana mia y la devuelvo toda mi amistad.

—Esto es, respondió Luciano, no pudiendo convencerse, queréis comprarme.

El emperador hizo un movimiento.

—Dejadme decirlo todo á mi vez, porque este momento es solemne, y acaso no tendrá igual en todo el curso de nuestra vida. No me resiento porque me hayais juzgado mal; son tantos los hombres á quienes habeis hecho sordos y mudos tapándoles con oro la boca y los oídos, que creisteis hacer lo mismo conmigo. ¡Decís qué quereis hacerme rey! Bien, yo acepto si me prometeis de que mi reino no será una prefectura del imperio. Me dais un pueblo, le tomo, poco me importa cual sea, pero con la condicion de que yo le gobernaré segun sus ideas y necesidades; quiero ser su padre y no su tirano; quiero que me ame y no me tema, y el día en que yo ciña en mi cabeza la corona de España, de Suecia, de Wurtemberg ó de Holanda, ya no seré francés, sino español, alemán ú holandés; mi nuevo pueblo será mi única familia. Pensadlo bien, entonces ya no seré mas hermano por la sangre sino por la gerarquía; vuestra voluntad se detendrá en mis fronteras: si venis contra mí, os esperaré á pie firme; me venceréis sin duda alguna, porque sois un gran capitán, y el dios de los ejércitos no es siempre el dios de la justicia; yo seré entonces un rey destronado, y mi nacion un pueblo conquistado, y libre de dar mi corona y mi pueblo á otro mas sumiso y reconocido. He dicho.

—Siempre el mismo, siempre el mismo, murmuró Napoleón, despues dando en el suelo una patada:—Luciano, olvidais que debéis obedecerme como á vuestro padre y á vuestro rey.

—Tú eres mi hermano mayor, y no mi padre, mi hermano y no mi rey; jamás doblaré mi cabeza bajo tu yugo de hierro, jamás, jamás.

Napoleón se puso espantosamente pálido, sus ojos tomaron una espresion terrible, y sus labios temblaron.

—Reflexionad lo que os he dicho, Luciano.

—Reflexiona tú lo que voy á decirte, Napoleón. Tú has asesinado á la república, porque la has herido sin osar mirarla cara á cara; el espíritu de libertad que tú crees ahogado bajo tu despotismo, crece, se derrama y propaga; tú crees arrojarlo delante de tí y él te persigue detrás: mientras seas victorioso estará mudo; pero si llega el día de la adversidad, verás no puedes apoyarte en la Francia, á quien habrás hecho grande, pero esclava. Y tú, tú, Napoleón, caerás desde la cumbre de tu imperio, te harás pedazos—como este reloj—cogió el suyo, estrellándolo contra el suelo,—mientras nosotros, pedazos y restos de tu fortuna, nos veremos dispersos sobre la haz de la tierra por haber sido de la familia, y maldecidos por llevar tu nombre. Adios.

TOMO I.

Luciano se salió.

Napoleón quedó inmóvil y con los ojos fijos: al cabo de cinco minutos se oyó el ruido de un coche que salia del patio del palacio: Napoleón tiró de la campanilla.

—¿Qué ruido es ese? preguntó al ugiere que entreabrió la puerta.

—El del coche del hermano de V. M. que se vuelve á Roma.

—Está bien, dijo el emperador, y su rostro recobró aquella calma impassible y glacial bajo la cual ocultaba, cual con una máscara, las mas vivas emociones.

Apenas habian pasado diez años, cuando se hallaba ya cumplida la profecía de Luciano. El imperio levantado por la fuerza habia sido derribado por la fuerza. Napoleón se habia hecho pedazos, y aquella familia de águilas, cuyo nido estaba en las Tullerías, se habia diseminado fugitiva, proscrita, aleteando perdida por el mundo. Su madre, aquella Niobe imperial que habia dado á luz un emperador, dos reyes, y tres archiduques, se habia retirado á Roma, Luciano en su principado de Canino, Luis en Florencia, José en los Estados-Unidos, Gerónimo en Wurtemberg, la princesa Elena en Baden, madame Borghese en Piombino, y la reina de Holanda en el castillo de Arenenberg.

Como el castillo de Arenenberg dista solo media legua de Constanza tuvo gran deseo de ofrecer mi homenaje á los pies de aquella magestad destronada y de ver lo que quedaba de reina en una muger, cuando el destino le habia arrancado la corona de las sienes, el cetro de la mano y de los hombros el manto, y sobre todo de aquella reina, hija graciosa de Josefina Beauharnais, de aquella hermana de Eugenio, de aquel diamante de la corona de Napoleón.

Habia oido hablar tanto de ella en mi juventud como de una hermosa y buena hada muy graciosa y muy protectora, por las dotes que daba á las doncellas, por las madres á quienes volvía los hijos, y por los reos á quienes alcanzaba el perdon, que tenia un culto por ella. Añádase á esto el recuerdo de las canciones que cantaba mi hermana, las cuales se creian ser de esta reina, que se habia fijado tanto en mi memoria como en mi corazón, que hoy mismo todavía que hace ya veinte años que he oido aquellos versos y aquella música los repetiría sin alterar una palabra y sin faltar á una nota. Es que reina que componga canciones y las cante no se ve mas que en los cuentos de las *Mil y una noches*, y esto lo recordaba mi alma como un dorado sueño.

Era muy de mañana para presentarme en el castillo en persona, dejé una tarjeta, me entré en una barca que me condujo á la isla Reicheneau en una hora.

En una pequeña iglesia situada en medio de la isla están depositados los restos de Cár-

(4) El principe de Canino no habia aun, cuando escribia yo estas lineas, publicado sus memorias.



los el Gordo, quinto sucesor de Carlos el Grande, y su epitafio, que está en el coro debajo de un retrato que pasa por el suyo, refiere su historia. Esta es la traducción festual.

«Carlos el Gordo, sobrino de Carlo-Magno, entró poderosamente en la Italia que venció; obtuvo el imperio, y fué coronado César en Roma. Muerto despues su hermano Ludovico de Germania, fué señor por derecho de herencia, de la Germania y de la Galia. En fin, abandonado á la vez por el genio, por el ánimo y por el cuerpo, le arrojó un azar de la fortuna desde la cumbre de este grande imperio á este humilde retiro, en donde murió abandonado de todos los suyos, el año del Señor 888.»

Como no habia otra cosa que ver en la iglesia y en la isla, nos embarcamos y nos hicimos á la vela para Arenemberg.

Al entrar en el castillo de Volberg, que habita madama Parquin, lectora de la reina y hermana del célebre abogado de este nombre, encontré una invitación para comer con madama de Saint-Leu, y cartas de Francia. Una de ellas contenia la oda manuscrita de Víctor Hugo sobre la muerte del rey de Roma.

La lei por el camino yendo á pie á ver á la reina Hortensia (4).

#### UNA EX-REINA.

El castillo de Arenemberg no es lo que se llama un sitio real, es una linda casa: podria pertenecer á Agüado, á Scribe, indiferentemente, mi emoción por tanto provenia de una causa moral que se agitaba en mi cerebro, y no de los objetos físicos que se presentaban á mi vista.

Esta emoción era tal que despues de haber deseado ardientemente ver á Madama de Saint-Leu, en el momento mismo en que iba á satisfacerse mi deseo, me paraba á cada paso para demorar la hora de la entrevista, mirando sin distinguir y mas dispuesto á retroceder que á continuar mi camino; es que me hallaba á punto de ver realizarse un sueño, ó de perder una ilusión, y es que casi queria mas al instante marcharme con una fúda que retirarme mas tarde con un desencanto. De repente, á treinta pasos de mí, y al revolver una alameda, vi tres mugeres y un jóven: mi

(4) Fácilmente conocerán nuestros lectores que toda la primera parte de este viaje fué escrita en 1834, y por consecuencia antes de los sucesos de Strasburgo en que Luis Napoleón, hoy emperador, intentó subir al trono.

primer movimiento fué huir; pero era ya demasiado tarde, porque me habian visto: conocí lo ridiculo de semejante retirada, fijé los ojos en el grupo que se adelantaba, reconocí por instinto á la reina, me dirigí á ella.

Ciertamente que no sabia ella lo que pasaba en mi alma, y estaba lejos de pensar que en los dias de su poder jamás hombre alguno al entrar en su salon de recibo del palacio de la Haya, y al aproximarse al trono donde ella estaba sentada con toda la magestad del poder y con todo el esplendor de la hermosura, habia sentido una emoción igual á la que yo sentia. Todos los sentimientos generosos que encierra el corazón del hombre, el amor, el respeto, la compasión, se agolpaban á mis labios, estaba dispuesto á caer de rodillas, y sin duda lo hubiera hecho á estar ella sola.

Probablemente vió lo que pasaba en mí, porque me sonrió inefablemente alargándome la mano.

—Muy bueno sois, me dijo, en no querer pasar junto á una pobre proscrita sin venir á verla.

Así era yo el que favorecia, y ella la que mostraba agradecimiento: bien, corazón mio! esta vez no te has equivocado; jóven, esa es la reina de tu infancia, graciosa y buena, no te has equivocado! poeta, porque ese es el sonido de la voz y la mirada que dabas en sueños á la hija de Josefina; deja palpitar tu corazón libremente: una vez al menos se ha encontrado la realidad á la altura de un sueño; mira, escucha, sé feliz!

La reina se apoyó en mi brazo, y me condujo, porque yo no veia; así anduvimos no sé cuanto tiempo, y despues entramos en el salon. Lo primero que me hizo volver en mí y detuvo mis pensamientos, fué un magnífico retrato.

—¡Oh! ¡qué hermoso! exclamé.

—Si, respondió madama de Saint-Leu; es Bonaparte en el puente de Lodi.

—Ese cuadro debe ser de Gros, ¿no es verdad?

—Del mismo.

—Sacado del natural sin duda alguna: es tan maravillosa la semejanza del emperador, que es imposible que no sea así.

—Tres ó cuatro veces estuvo el emperador de modelo para él.

—¿Tuvo esa paciencia?

—Gros habia hallado un medio excelente para conseguirlo.

—¿Cuál?

—Le hacia sentar sobre las rodillas de mi madre.

No era un sueño para mí el estar con aquella hija de Josefina que me hablaba de su madre y de su padrastro Napoleón; que me hacia asistir á una escena de familia, que me enseñaba al león manso y domesticado, al emperador sobre las rodillas de la emperatriz, y delante de ellos á Gros, el pintor de Jaffa, de

Eylau y de Aboukir, pincel en mano y fijando en el lienzo aquella cabeza capaz de abarcar el mundo.

Me fui á sentar en un rincón, dejé caer mi cabeza entre las manos, y me abismé en un océano de pensamientos. Cuando volví en mí y alcé los ojos, vi que Mad. de Saint-Leu me miraba y sonreía comprendiendo demasiado bien las causas de aquella falta de atención, para aguardar disculpas que de ningun modo yo pensaba en darle.

—¿Queréis seguirme? me preguntó.

—Seguramente.

—Venid.

—¿Y qué maravilla me vais á hacer ver?

—Mi relicario imperial.

Me llevó delante de un mueble cerrado con cristales como una biblioteca, en cada uno de cuyos estantes habia colocados objetos que habian pertenecido á Napoleón ó á Josefina.

Desde luego una cartera marcada con las iniciales J. N. contenia la correspondencia del emperador con la emperatriz. Todas las cartas eran autógrafas, fechadas en Marengo, Austerlitz, Jena, escritas sobre una cureña, los pies sobre la sangre, y todas contenian una palabra de la victoria. Ademas habia páginas de amor; pero de amor profundo, ardiente y apasionado como lo sentia Werter, René, Antoni. ¡Qué organización inmensa la de aquel hombre que encerraba á la vez tantas cosas en la cabeza y tantas en el corazón!

En seguida vimos el talisman de Carlo-Magno; este talisman es toda una historia. Escuchadla.

Cuando se abrió en Aquisgran el sepulcro donde habia sido enterrado el gran emperador, se encontró su esqueleto vestido con su traje romano: llevaba en su frente desecada su doble corona de Francia y de Alemania; á su lado junto á su limosnera de peregrino, estaba Joyosa, aquella buena espada que, segun el monge de San Dionisio, hedia en dos pedazos á un caballero armado de todas armas: sus pies descansaban sobre el escudo de oro macizo que le habia regalado el papa Leon, y de su cuello se hallaba suspendido el talisman que le hacia invencible. El talisman era un pedazo de la vera Cruz que le habia enviado la emperatriz. Estaba encerrado dentro de una esmeralda, y esta esmeralda se hallaba suspendida de una cadena de gruesos eslabones de oro. Los habitantes de Aquisgran se lo regalaron á Napoleón cuando hizo su entrada en aquella ciudad, y en 1811 Napoleón se la puso jugando al cuello de la reina Hortensia, confesándola que en las jornadas de Austerlitz y de Wagram la habia llevado él mismo en el pecho como novecientos años antes Carlo-Magno.

Por último, allí se conservaba el cinto que ciñó su costado en las pirámides; el anillo de boda que él mismo habia puesto en el dedo de la viuda de Beauharnais, el retrato del rey de

Roma bordado por Maria Luisa, sobre el que habia descansado su última mirada. Aquel ojo de águila se habia cerrado sobre el mismo objeto que ahora tenia á la vista; su moribunda boca habia tocado aquella seda y humedecido-lo su último suspiro: y no hacia un mes aun que el hijo habia muerto tambien clavados los ojos en el retrato de su padre. El tiempo y la libertad nos revelarán tal vez el secreto providencial de esta doble muerte. Entretanto postrémonos y adoremos.

Pedi ver la espada traída por Marchand de Santa Elena, legada por el duque de Reichstadt al príncipe Luis; pero la reina no habia recibido todavia aquel don mortuorio, y temia no recibirlo jamás.

Sonó la campana para la comida.

—¿Tan pronto? exclamé yo.

—Volvereis á ver todo esto mañana, me dijo la ex-reina.

Despues de la comida volvimos al salon, y al cabo de unos diez minutos anunciaron á madama Recamier. Esta era todavia reina; pero reina del talento y la hermosura, así la duquesa de Saint-Leu la recibió como á una hermana.

He oido discutir mucho sobre la edad de Mad. de Recamier; verdad es que yo no la he visto mas que de noche con un vestido negro y con el cuello y cabeza envueltos en un velo del mismo color; pero por la juvenil altivez, la belleza de sus ojos y bien torneadas manos apostaria que no tenia mas de veinte y cinco años.

Así es que me asombré cuando oi hablar á aquellas dos mugeres del Directorio y del Consulado como de cosas que habian visto. Por último, se rogó á Mad. de Saint-Leu que tocara el piano.

—¿Os gustará la música? me preguntó volviéndose á mi medio levantándose, y esperando mi respuesta.

—¡Oh! sí, respondi yo juntando las manos.

Cantó muchas canciones cuya música habia compuesto últimamente

—Si no fuese osadia de mi parte os rogaria una cosa, la dije.

—¿Y bien qué me rogariais?

—Que canteis una de vuestras canciones antiguas...

—¿Cuál?

—Aquella que empieza.

*Vous me quittez pour marchez á la gloire.  
Partid al campo, do la gloria os llama.*

—¡Dios mio! Apenas me acuerdo ya: la compuse en 1809. ¿Cómo es posible os acordéis vos que apenas habiais nacido cuando se hallaba en boga?

—Tenia ya cinco años y medio, y entre las canciones que mi hermana mayor cantaba, esta era mi canción favorita.



—No hay mas que un inconveniente, y es que ya no me acuerdo de la letra.

—Yo la recuerdo.

Me levanté en seguida y apoyándome sobre el respaldo de su silla comencé á dictar los versos siguientes.

*Vous me quittez pour marcher á la gloire;  
Mon triste cœur suivra partout vos pas;  
Allez, volez au temple de mémoire;  
Suivez l'honneur, mais ne m'oubliez pas.*

«Me abandonais para marchar á la gloria, mi triste corazón os seguirá por todas partes; id, volad al templo de la memoria, seguid el honor, empero no me olvideis.»

—Si, eso es, en efecto, dijo la reina con tristeza. Yo continué.

*A vos devoirs comme á l'amour fidele,  
Cherchez la gloire, évitez le trépás;  
Dans les combas où l'honneur vous appelle.  
Distinguez-vous, mais ne m'oubliez pas.*

«Fiel á vuestros deberes lo mismo que al amor, buscad la gloria y evitad la muerte; distinguíos en los combates á donde os llama el honor, empero no me olvideis.»

*¡Que faire hélas! ¡dans mes peines cruelles  
Je crains la paix autant que les combats:  
Vous y verrez tant de beautes nonvelles,  
Vos leur plairez!... mais ne m'oubliez pas.*

Oui, vous plairez et vous vainerez sans cesser  
Mars et l'Amour suivront partout vos pas;  
De vos suceés gardez la douce ivresse,  
Soyez heureux, mais ne m'oubliez pas.

«¿Qué hacer ¡infeliz! en mis crueles penas? Temo la paz tanto como los combates: ¡veréis tantas nuevas bellezas! ¡las agradares!... empero no me olvideis.»

«Si, agradares y vencereis sin cesar: Marte y el amor seguirán por do quiera vuestros pasos, guardad la dulce embriaguez de vuestros triunfos, sed dichoso, empero no me olvideis.»

La reina pasó la mano por sus ojos para enjugar una lágrima.

—¿Qué triste recuerdo! la dije yo.

—¡Oh! si, muy triste! Sabeis que en 1808 empezaron á difundirse los rumores sobre el divorcio, rumores que traspasaron el corazón de mi madre viendo que el emperador iba á partir para Wagram; sobre esta partida pidió á Mr. de Segur que la hiciese una canción. Le presentó los versos que acabais de recitar, y mi madre me los dió para que yo los pusiese en música, y el día antes de la salida del emperador se los canté. ¡Pobre madre mía! me se figura aun que la estoy viendo siguiendo en la fisonomía de su esposo que me escuchaba meditabundo, la impresion que le causaba esta canción que tan adecuada era á la situación de entrambos.

El emperador escuchó hasta el fin, y cuando se estinguió el último eco del piano se dirigió hácia mi madre y la dijo:—Sois la criatura mejor que he conocido en el mundo; y besándola luego en la frente suspiró y se entró en su gabinete: mi madre derramó un torrente de lágrimas, porque desde entonces conoció que se hallaba condenada. Ahora ya concebireis el recuerdo que tiene para mi esa canción, y al recitármela acabais de tocar todas las cuerdas de mi corazón cual si fuese una clave.

—Mil perdones: ¿cómo no he adivinado esto? Ya no os pido mas...

—Si tal, dijo la reina volviéndose á colocar al piano, si tal. Sobre esa desgracia han venido á pasar tantas otras que es una de las que recuerdo con mas dulzura; porque el emperador amó siempre á mi madre, aunque separado de ella.

Dejó correr sus dedos sobre el piano, hizo oír un melancólico preludio, y cantó en seguida con toda su alma y con el mismo acento como debia cantar delante de Napoleon.

Dudo que jamás hombre alguno haya sentido lo que yo espermenté aquella noche.

#### UN PASEO EN EL PARQUE DE ARENEMBERG.

Madama la duquesa de Saint-Leu me habia convidado á desayunarme con ella el día siguiente á las diez; pero como yo habia pasado parte de la noche escribiendo mis notas, llegué algunos minutos mas tarde de la hora indicada. Iba á disculparme con la duquesa por haberla hecho esperar, lo que era mas imperdonable no siendo ya reina; pero me tranquilizó con afable bondad diciéndome que el almuerzo no seria hasta el medió día, y que si me habia convidado para las diez era únicamente para tener mas tiempo de hablar conmigo, al mismo tiempo me propuso un paseo por el parque, yo respondí ofreciéndola mi brazo.

Anduvimos como unos cien pasos en silencio, yo lo rompí el primero.

—¿Teniais alguna cosa que decirme, señora duquesa?

—En verdad que si, respondió mirándome, queria hablar de Paris, ¿qué habia de nuevo cuando salisteis?

—Mucha sangre en las calles, muchos heridos en los hospitales, no bastantes prisiones y demasiados prisioneros (1).

(1) Estas líneas fueron escritas antes de la amnistía: no he querido borrarlas, porque de una re-



Valle de l'Arenenberg.